

treinta años. Sus modales denotaban sus buenas relaciones, y llevaba alhajas de precio. El cuello de la camisa le llegaba hasta las orejas. Su aire fatuo y casi impertinente acusaba una especie de superioridad oculta. Su cara pálida parecía no tener una gota de sangre; su nariz, roma y fina, tenía el aspecto sardónico de la nariz de una cabeza de muerto, y sus ojos verdes eran impenetrables. Su mirada era tan discreta como debía serlo su boca cerrada y provista de delgados labios. El primero parecía ser un buen muchacho comparado con este joven, seco y avellanado, que azotaba el aire con un junco, cuyo puño de oro brillaba al sol. El primero podía cortar por sí solo la cabeza de cualquiera; pero el segundo era capaz de envolver en las redes de la calumnia y de la intriga á la inocencia, á la belleza y á la virtud, ahogándolas ó envenenándolas friamente. El hombre rubicundo hubiera consolado á su víctima con sus chistes; el otro ni siquiera le hubiese sonreído. El primero tenía cuarenta y cinco años y debía ser aficionado á la buena vida y á las mujeres. Esta clase de hombres tienen todas pasiones que los hacen esclavos de su oficio. Pero el joven no tenía ni pasiones ni vicios. Si era espía, pertenecía á la diplomacia, y trabajaba por amor al arte. El concebía y el otro ejecutaba; él era la idea y el otro la forma.

—Buena mujer ¿estamos ya en Gondreville? dijo el joven al acercarse.

—Aquí no se acostumbra á decir *buena mujer*, respondió Michú. Nosotros conservamos aún las sencillas fórmulas de *ciudadano y ciudadana*.

—¡Ah! exclamó el joven con el aire más natural y sin parecer sorprendido.

Ocorre con frecuencia en el juego, y en el del ecarté sobre todo, que los jugadores experimentan una derrota interior al ver sentarse delante de ellos, cuando están de vena, á un jugador cuyos modales, miradas, voz y manera de barajar, les hacen presentir un fracaso. Al ver á este joven, Michú sintió una postración profética de este género. Se vió atacado de un presentimiento mortal y entrevió confusamente el patíbulo; una voz interior le decía que aque-

petimetre le sería fatal, á pesar de que no había aún nada de común entre ellos. Por eso, sus palabras fueron rudas, y quiso ser y fué grosero.

—¿No está usted al servicio del consejero de Estado Maligno? le preguntó el segundo parisiense.

—Yo no estoy al servicio de nadie, respondió Michú.

—En fin, señoras, dijo el joven afectando las maneras más finas. ¿Estamos ó no en Gondreville? porque somos esperados por el señor Maligno.

—Ese es el parque, dijo Michú señalándoles la reja abierta.

—¿Y por qué oculta usted esa carabina, hermosa hija mía? dijo el jovial compañero del más joven, al ver el cañón cuando trasponía la reja.

—Veo que tú *trabajas* siempre, hasta en el campo, exclamó el más joven sonriendo.

Ambos se volvieron, llevados de un pensamiento de desconfianza, que el administrador comprendió, á pesar de la impasibilidad de sus rostros; Marta los dejó mirar la carabina, en medio de los ladridos de Couraut, pues ella tenía la convicción de que Michú meditaba alguna trastada, y casi celebró la perspicacia de los desconocidos. Michú dirigió á su mujer una mirada que le hizo estremecer; cogió en seguida la carabina y se dispuso á cargarla con bala, aceptando las fatales consecuencias de aquel descubrimiento y de aquel encuentro: parecía estar dispuesto á todo, aun á costa de su vida, y su mujer comprendió entonces perfectamente su funesta resolución.

—¿Hay lobos por aquí? dijo el joven á Michú.

—Siempre hay lobos donde hay carneros. Ustedes están en Champaña, y aquí hay un bosque; pero tenemos también jabalíes, caza mayor y menor, de todo un poco, dijo Michú con aire chocarrero.

—Corentín, dijo el más viejo de los dos, después de haber cambiado una mirada con el otro; apuesto á que este hombre es mi Michú...

—Me parece que no hemos comido nunca en el mismo plato, dijo el administrador.

—No, pero hemos presidido á los jacobinos, ciudadano, replicó el viejo cínico. Usted en Arcis y yo en otra parte. Tú has conservado tu cortesía de Carmañola; pero ya no está de moda, amigo mío.

—El parque es muy grande y me parece que podríamos perdernos; si es usted el administrador, haga usted el favor de hacer que nos conduzcan al palacio, dijo Corentín con tono brusco.

Michú silbó á su hijo y continuó cargando la bala. Corentín contemplaba á Marta con mirada indiferente, mientras que su compañero parecía encantado; pero aquél notaba en ella las huellas de una angustia que pasaba desapercibida para el viejo libertino, á quien la carabina había asustado. Estas dos naturalezas se pintaban admirablemente en este pequeño detalle, que resultaba tan elocuente.

—Yo tengo cita al otro lado del bosque, decía el administrador, y no puedo prestar á ustedes ese servicio en persona; pero mi hijo les conducirá hasta el palacio. ¿Pero por dónde han venido ustedes á Gondreville? Han tomado ustedes por Cinq-Cygne.

—Teníamos, como usted, negocios en el bosque, dijo Corentín sin ninguna ironía aparente.

—Francisco, exclamó Michú, acompaña á estos señores al palacio por los senderos, á fin de que no los vean. Ven aquí primero, dijo al ver que los dos extranjeros les habían vuelto la espalda y marchaban hablando en voz baja.

Michú cogió á su hijo y lo abrazó casi santamente y con una expresión que confirmó las aprensiones de su mujer. Esta sintió frío en la espalda y miró á su madre con mirada serena, pues no podía llorar.

—Ahora vete, dijo á su hijo.

Y lo contempló hasta que se perdió por completo de vista. Couraut ladró hacia la parte de la quinta de Grouage.

—¡Oh! es Violette, repuso Michú; esta es la tercera vez que pasa desde esta mañana. ¿Qué ocurrirá? ¡Basta, Couraut!

Algunos instantes después se oyó el pequeño trote de un caballo.

Violette, montado en una de esas jacas de que se sirven los cortijeros de los alrededores de París, mostró, bajo un sombrero de forma redonda y de grandes alas, su cara de color de madera y muy arrugada, la cual en este momento parecía aún más sombría que de ordinario. Sus ojos grises, maliciosos y brillantes, disimulaban su solapado carácter. Sus piernas secas, provistas de polainas de tela blanca que le llegaban hasta las rodillas, pendían sin estar apoyadas en estribos, y parecían mantenidas en quietud, gracias al peso de sus gruesos zapatos herrados. Encima de su chaqueta de paño azul, llevaba una blusa á rayas blancas y negras. Sus cabellos grises caían formando grandes bucles por detrás de su cabeza. Este traje, el caballo gris de piernas cortas, la manera como iba sobre él Violette, el busto hacia atrás, su mano callosa y de color de tierra, que sostenía una mala brida sebosa y remendada, todo hacía ver en él al aldeano avaro, ambicioso, que quiere poseer tierra y que la compra á cualquier precio. Su boca de pálidos labios, hendida como si un cirujano la hubiese abierto con un bisturí, las innumerables arrugas de su rostro y de su frente, ocultaban su fisonomía, cuyos solos contornos hablaban. Aquellas facciones duras y pronunciadas parecían expresar la amenaza, á pesar del aire humilde que afectan todos los campesinos, y bajo el cual ocultan sus emociones y sus cálculos, como los orientales y los salvajes ocultan los suyos bajo una imperturbable gravedad. De sencillo aldeano que trabajaba á jornal, había llegado á ser cortijero de Grouage, gracias á un sistema de maldad creciente que continuaba ejerciendo aún, después de haber conquistado una posición que excedía á sus primeros deseos. Quería el mal del prójimo y lo deseaba ardientemente. Cuando podía contribuir á él, prestaba su ayuda con amor. Violette era francamente envidioso; pero, en todas sus maldades, se mantenía dentro de los límites de la legalidad, enteramente lo mismo que acostumbran á hacer las oposiciones parlamentarias. Creía que su fortuna dependía de la ruina de los demás, y todo el que se encontraba por encima de él, era para él un enemigo contra el que todos los medios eran buenos. Esta manera de pensar es muy

común entre los aldeanos. Su gran negocio del momento era obtener de Maligno una prórroga del arriendo de su quinta, que sólo faltaba seis años para que expirase. Como envidiaba la fortuna del administrador, lo vigilaba de cerca; la gente del país le hacía la guerra por sus relaciones con Michú; pero, con la esperanza de que el arriendo se prorrogase por doce años más, el astuto cortijero acechaba una ocasión para hacer un favor al gobierno ó á Maligno, que desconfiaba de Michú. Violette, ayudado por el guarda particular de Gondreville, por el guarda campos y por algunos hacinadores furtivos, tenía al comisario de policía de Arcís al corriente de las más insignificantes acciones de Michú. Este funcionario había intentado, aunque inútilmente, atraer á Mariana, la criada de Michú, á su bando; pero Violette y sus confidentes lo sabían todo por Gaucher, el criadito con cuya fidelidad contaba Michú, y que le hacía traición por bagatelas como chalecos, lazos, medias de algodón y otras fruslerías. Por lo demás, este muchacho no sospechaba la importancia de sus charlatanerías. Violette empeoraba las acciones de Michú, y procuraba hacerlas criminales por medio de absurdas hipótesis, sin que de esto tuviese conocimiento el administrador, el cual sabía, no obstante, el innoble papel que el cortijero desempeñaba en su casa, y se complacía en engañarle.

—Muchos negocios debe usted tener en Belache cuando está usted todavía aquí, dijo Michú.

—Ese todavía es una palabra de reproche, señor Michú. Supongo que no querrá usted alejarme con semejantes místicas. ¡Hombre, no sabía que tuviese usted esa carabina!

—Sí, ha nacido en uno de mis campos que da carabinas, respondió Michú. Mire usted cómo las siembra.

Y el administrador puso como blanco una guita á treinta pasos de distancia y la cortó con la bala.

—¿Es para defender á su amo para lo que tiene usted esa arma de bandido? ¿O se la ha traído de París como regalo?

—Sí, ha venido expresamente de París para traérmela, respondió Michú.

—Lo cierto es que se charla bien en todo el país de su

viaje; unos dicen que ha caído en desgracia y que se retira de los negocios; otros que quiere ver claro aquí; en resumidas cuentas, ¿por qué viene sin decir nada como si fuera el Primer Cónsul? ¿Sabía usted que venía?

—No estoy en tan buenas relaciones con él para que me dispense esas confianzas.

—¿De modo que aun no lo ha visto usted?

—No supe su llegada hasta hace un momento, cuando llegué de hacer mi ronda por el bosque, replicó Michú que cargaba de nuevo su carabina.

—Ha mandado á buscar al señor Grevín á Arcís; ¿van á tribunar algo?

Maligno había sido tribuno.

—Si va usted de la parte de Cinq-Cygne, dijo el administrador á Violette, déjeme usted montar, que yo también voy allá.

Violette era demasiado perezoso para llevar á la grupa á un hombre de la fuerza de Michú, y picó espuelas; el Judas se echó la carabina al hombro y se dirigió hacia la avenida.

—¿Con quién estará enojado Michú? dijo Marta á su madre.

—Desde que ha sabido la llegada del señor Maligno, se ha puesto sombrío y taciturno, respondió ésta; pero hace humedad, entremos.

Apenas se habían sentado las dos mujeres bajo la campana de la chimenea, cuando oyeron á Couraut.

—Aquí está mi marido, exclamó Marta.

En efecto, Michú subió la escalera, y su mujer, inquieta, fué á unirse con él á su cuarto.

—Mira á ver si hay alguien, dijo á Marta con voz conmovida.

—Nadie, respondió ella; Mariana está en el campo con la vaca, y Gaucher...

—¿Dónde está Gaucher? preguntó Michú.

—No lo sé.

—Desconfío de ese perillán; sube al granero, regístralo bien y examina todos los rincones del pabellón.

Marta salió y obedeció estas órdenes. Cuando volvió, encontró á Michú arrodillado y rezando.

—Pero ¿qué tienes? le preguntó su esposa asustada.

El administrador cogió á su mujer por el talle, la atrajo hacia sí, la besó en la frente y le respondió con voz conmovida:

—Si no volvemos á vernos más, sabe, mujer mía, que siempre te he amado. Sigue al pie de la letra las instrucciones que están escritas en una carta enterrada al pie de aquel árbol de esta espesura, dijo después de una pausa, señalándole un árbol. Está en un canuto de hojalata. No toques en él hasta después de mi muerte. En fin, ocurra lo que ocurra, piensa siempre en que, á pesar de la injusticia de los hombres, mi brazo ha servido á la justicia de Dios.

Marta, que palideció por grados, se puso blanca como una sábana; miró á su marido con ojos fijos y agrandados por el espanto; quiso hablar, pero se le formó un nudo en la garganta. Michú, después de haber atado al pie de su cama á Couraut, que empezó á ladrar como ladran los perros desesperados, se evadió como una sombra.

La cólera de Michú contra el señor Marión no carecía de serios motivos; pero ahora ésta se había reconcentrado en un hombre mucho más criminal á sus ojos, en Maligno, cuyos secretos conocía el administrador por estar en mejor disposición que nadie para apreciar la conducta del consejero de Estado. El suegro de Michú había contado, políticamente hablando, con la confianza del representante del Aube en la Convención, gracias á los cuidados de Grevin.

Creemos que no ha de ser inútil el relatar aquí las circunstancias que contribuyeron á enemistar á los Simeuse y á los Cinq-Cygne con Maligno, y que pesaron en el destino de los dos gemelos de la señorita de Cinq-Cygne, y más aún en el de Marta y Michú. En Troyes, el palacio de Cinq-Cygne estaba enfrente del de Simeuse. Cuando el populacho, desencadenado por manos tan sabias como prudentes, saqueó el palacio de Simeuse, descubrió al marqués y á la marquesa acusados de correspondencia con el enemigo, y los entregó á los guardias nacionales, que los encarcelaron, la multitud

consecuente gritó: «¡A los Cinq-Cygne!» No concebía que los Cinq-Cygne no estuviesen complicados en el crimen de los Simeuse. El digno y valeroso marqués de Simeuse, para salvar á sus dos hijos, que tenían á la sazón diez y ocho años y á quienes su valor podía comprometer, los había confiado, algunos momentos antes de la tormenta, á su tía, la condesa de Cinq-Cygne. Dos criados adictos á la casa de Simeuse tenían á los jóvenes encerrados. El anciano, que no quería ver que su nombre se extinguía, había recomendado que ocultasen todo á sus hijos en caso de desgracias extremas. Lorenza, que tenía entonces doce años, era igualmente amada por los dos hermanos, á los que ella amaba mucho también. Como muchos gemelos, los dos Simeuse se parecían tanto, que, durante mucho tiempo, su propia madre les daba vestidos de colores diferentes para no engañarse. El que había nacido primero se llamaba Pablo María, y el otro María Pablo. Lorenza de Cinq-Cygne, á quien se había confiado el secreto de su situación, desempeñó muy bien su papel de mujer: suplicó á sus primos, los acarició y los guardó hasta el momento en que el populacho rodeó el palacio de Cinq-Cygne. Los dos hermanos comprendieron al instante el peligro y se lo comunicaron con una misma mirada. Su resolución quedó tomada inmediatamente: armaron á sus dos criados, á los de la condesa de Cinq-Cygne, formaron una barricada tras de la puerta y se pusieron en la ventana, después de haber cerrado las persianas, con cinco criados y el abate de Hauteserre, un pariente de los Cinq-Cygne. Los ocho valerosos campeones hicieron un fuego terrible sobre las masas. Cada tiro mataba ó hería á un asaltante. Lorenza, en lugar de desolarse, cargaba los fusiles con una sangre fría extraordinaria y daba balas y pólvora, según las iban necesitando. La condesa de Cinq-Cygne había caído de rodillas.

—¿Qué hace usted, madre mía? le dijo Lorenza.

—Ruego por vosotros y por ellos, le respondió la condesa.

Palabras sublimes que pronunció también la madre del príncipe de la Paz en España, en una circunstancia análoga.

En un instante, once personas quedaron muertas y mezcladas en tierra con los heridos. Esta clase de acontecimientos enfrían ó exaltan á la multitud, la irritan ó la desaniman. Los más avanzados, asustados, recularon; pero la masa entera que iba á matar, á robar y á asesinar, al ver á los muertos, empezó á gritar: «¡A los asesinos! ¡A los homicidas!» y entonces la gente prudente fué á buscar al representante del pueblo. Los dos hermanos, instruidos ya de los acontecimientos del día, sospecharon que el convencional deseaba la ruina de su casa, y su sospecha fué bien pronto una convicción. Animados por el deseo de venganza, se apostaron en la puerta cochera y cargaron sus escopetas para matar á Maligno en el momento en que se presentase. La condesa había perdido la cabeza; veía su casa hecha cenizas, á su hija asesinada, y vituperaba á sus parientes por la heroica defensa de que se ocupó Francia entera durante ocho días. Ante la intimación hecha por Maligno, Lorenza entreabrió la puerta; al verle, el representante, confiando en su posición y en la debilidad de aquella niña, entró.

—¡Cómo, caballero! respondió ella á la primera palabra que pronunció el representante para pedir cuentas de aquella resistencia; ¿queréis dar la libertad á Francia y no protegéis á la gente en sus casas? ¡Quieren demoler nuestro palacio, asesinarnos, y no vamos á tener derecho á rechazar la fuerza con la fuerza!

Maligno quedó como si lo hubiesen clavado en el sitio.

—¡Usted, el nieto de un albañil, empleado por el Gran Marqués en las construcciones de su palacio, le dijo María Pablo, acaba de permitir que reduzcan á nuestro padre á prisión, acogiéndose á una calumnia!

—Será puesto en libertad, dijo Maligno, que se creyó perdido al ver que los dos jóvenes movían convulsivamente sus escopetas.

—A esa promesa debe usted la vida, dijo solemnemente María Pablo. Pero si esta noche no ha sido cumplida, nosotros sabremos encontrar á usted.

—Respecto á ese populacho que aúlla, dijo Lorenza, si no

le hace usted retirarse inmediatamente, el primer tiro será para usted. Ahora, señor Maligno, salga de aquí.

El convencional salió y arengó á la multitud hablando de los derechos sagrados del hogar, del *habeas corpus* y del domicilio inglés. Dijo que la ley y el pueblo eran soberanos, que la ley era el pueblo, que éste no debía obrar más que con arreglo á la ley, y que la fuerza pertenece á la ley. La ley de la necesidad le hizo elocuente, y logró que la multitud se retirase. Pero no olvidó nunca ni la expresión de desprecio de los dos hermanos, ni el «Salga de aquí» de la señorita de Cinq-Cygne. Así es que, cuando se trató de vender nacionalmente los bienes del conde de Cinq-Cygne, hermano de Lorenza, la partición se hizo de la manera más estricta. Los agentes del distrito no dejaron á Lorenza más que el castillo, el parque, los jardines y la quinta llamada de Cinq-Cygne. Según las instrucciones de Maligno, siendo la nación la representante y heredera legítima de los emigrados, sobre todo cuando éstos llevaban sus armas contra la República, Lorenza no tenía derecho más que á su legítima. La noche de aquel furioso motín, Lorenza suplicó de tal modo á sus primos que partiesen, temiendo por ellos alguna traición y las emboscadas del representante, que éstos montaron á caballo y lograron llegar á las avanzadas del ejército prusiano.

En el momento en que los dos hermanos llegaban al bosque de Gondreville, el palacio de Cinq-Cygne fué cercado; el representante iba en persona y á la fuerza á prender á los herederos de la casa de Simeuse. No se atrevió á apoderarse de la condesa de Cinq-Cygne, que yacía en cama presa de una fiebre nerviosa, ni de Lorenza, que era una niña de doce años. Los criados, temiendo la severidad de la República, habían desaparecido. Al día siguiente por la mañana, la noticia de la resistencia de los dos hermanos y de su huida á Prusia (según se decía), se extendió por los alrededores, y habiéndose reunido una multitud de tres mil personas delante del palacio de Cinq-Cygne, fué éste demolido con una una rapidez inexplicable. La señora de Cinq-Cygne, habiendo sido transportada al palacio de Simeuse y habiéndose

dose agravado la fiebre, murió en él. Michú no había aparecido en la escena política hasta después de estos acontecimientos, pues el marqués y la marquesa permanecieron en la cárcel cerca de cinco meses. Durante este tiempo, el representante del Aube recibió una misión. Pero cuando el señor Marión vendió Gondreville á Maligno, cuando todo el país había olvidado los efectos de la efervescencia popular, fué cuando Michú comprendió á Maligno, ó por lo menos creyó comprenderlo; pues Maligno es, como Fouché, uno de esos personajes tan profundos en cada una de sus fases, que son impenetrables en el momento en que representan, y no pueden ser explicados hasta algún tiempo después.

En las circunstancias más difíciles de su vida, Maligno no dejaba de consultar nunca á su fiel amigo Grevín, el notario de Arcís, cuyo juicio sobre las cosas y sobre los hombres era exacto, claro y preciso. Este hábito constituye la sabiduría y la fuerza de los hombres secundarios. Ahora bien; en noviembre de 1803, la situación era tan grave para el consejero de Estado, que una carta hubiese comprometido á los dos amigos. Maligno, que debía ser nombrado senador, temió explicarse en París; dejó su palacio y se fué á Gondreville, dando cuenta al Primer Cónsul de una sola de las razones que le hacían desear el estar allí, y que demostraban á Napoleón su celo, cuando en realidad obraba así por intereses propios y no por los del Estado. Mientras que Michú acechaba en el parque, á la manera de los salvajes, un momento propicio para su venganza, el político Maligno, acostumbrado á asegurarse de los acontecimientos por su cuenta, llevaba á su amigo á una pequeña pradera del jardín inglés, lugar desierto y favorable para una conferencia misteriosa. De este modo, manteniéndose en medio y hablando en voz baja, los dos amigos estaban á distancia demasiado grande para ser oídos, si alguno se ocultaba para escucharles, y podían cambiar de conversación, si por casualidad llegaban indiscretos.

—¿Por qué no nos hemos quedado en un cuarto del palacio? dijo Grevín.

—¿No has visto los dos hombres que me envía el prefecto de policía?

Aunque Fouché haya sido, en el asunto de la conspiración de Pichegrú, Georges, Moreau y Polignac, el alma del gabinete consular, no dirigía el ministerio de policía, y á la sazón era sencillo consejero de Estado, como Maligno.

—Estos dos hombres son los dos brazos de Fouché. El uno, aquel joven petimetre cuyo rostro se parece á una garrafa de limonada, que tiene vinagre en los labios y agraz en los ojos, puso fin, en el espacio de quince días, á la insurrección del Oeste en el año VII. El otro es un hijo de Lenoir, y el único que conserva las grandes tradiciones de la policía. Había pedido un agente cualquiera, acompañado de un personaje oficial, y me envían esos dos compadres. ¡Ah, Grevín! Fouché pretende sin duda descubrir mi juego. Ahí tienes por qué dejé á esos señores comiendo en el palacio; que lo examinen todo, que no encontrarán ni á Luis XVIII, ni el menor indicio.

—Pero ¿qué juego te traes tú? dijo Grevín.

—Amigo mío, un juego doble es siempre peligroso; pero, por lo que atañe á Fouché, es triple, y él ha olfateado sin duda que yo estoy en los secretos de la casa de Borbón.

—¡Tú!

—Yo, respondió Maligno.

—¿Te olvidas ya de Favrás?

Esta palabra impresionó al consejero de Estado.

—¿Y desde cuándo? preguntó Grevín después de una pausa.

—Desde el Consulado perpetuo.

—¿Pero hay pruebas?

—¡Ni esto! dijo Maligno haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra uno de sus gruesos incisivos.

En pocas palabras Maligno pintó la posición crítica en que Bonaparte ponía á Inglaterra, amenazada de muerte por el campo de Bolonia, explicando también la importancia desconocida para Francia y para Europa, pero que Pitt sospechaba, de este proyecto. Después le dió cuenta de la situación crítica en que Inglaterra iba á poner á Bonaparte.

Una coalición imponente, Prusia, Austria y Rusia, unidas por el oro inglés, debía armar setecientos mil hombres. Al mismo tiempo, una conspiración formidable tendía en el interior sus redes y reunía á los montañeses, á los chuanes, á los realistas y á sus príncipes.

—Mientras que Luis XVIII vió tres cónsules, creyó que la anarquía continuaba y que, á favor de un movimiento cualquiera, tomaría la revancha del 13 de vendimiario y del 18 de fructidor, dijo Maligno; pero el Consulado perpetuo ha puesto de manifiesto los designios de Bonaparte, que será bien pronto emperador. Este antiguo teniente quiere crear una dinastía; pero ahora tratan de matarlo, y el golpe está preparado aún con más habilidad que el de la calle de Saint-Nicaise. Pichegrú, Georges, Moreau, el duque de Enghien, Polignac y Riviere, los dos amigos del conde de Artois, están en el agio.

—¡Qué amalgama! exclamó Grevín.

—Francia entera está invadida sordamente; se quiere dar un asalto general, empleando para ello todos los elementos. Cien hombres de acción, mandados por Georges, tienen que atacar la guardia consular y al Cónsul, cuerpo á cuerpo.

—Pues bien, denúncialos.

—Hace ya dos meses que el Cónsul, el ministro de policía, el prefecto y Fouché, tienen una parte de los hilos de esta inmensa trama; pero no conocen toda su extensión, y en el momento actual dejan libres á casi todos los conjurados, para saberlo todo.

—Respecto al derecho, dijo el notario, tienen más derecho los Borbones á concebir, dirigir y llevar á cabo una empresa contra Bonaparte, que el que éste tenía para conspirar el 18 de brumario contra la República, de la que era hijo; Bonaparte asesinaba á su madre, y aquéllos quieren entrar en su casa. Concibo que al ver cerrar la lista de los emigrados, multiplicar los indultos, restablecer el culto católico y acumular los decretos contrarrevolucionarios, los príncipes hayan comprendido que su vuelta se hacía difícil, por no decir imposible. Bonaparte es el único obstáculo para ello, y quieren quitar el obstáculo. Nada hay más sen-

cillo de comprender. Si son vencidos los conspiradores, serán bandidos; si salen victoriosos, serán héroes, y de este modo me parece muy natural tu indecisión.

—Se trata, dijo Maligno, de arrojar á los Borbones la cabeza del duque de Enghien por manos de Bonaparte, como la Convención arrojó á los reyes la cabeza de Luis XVI, á fin de que Napoleón se comprometiera así antes que nosotros en el curso de la Revolución, ó de derribar al ídolo actual del pueblo francés, su futuro emperador, para sentar al verdadero trono sobre sus despojos. Estoy á merced de un acontecimiento, de un feliz pistoletazo, de una máquina de la calle de Saint-Nicaise que lograra su objeto. Aún no se me ha dicho todo, me han propuesto burlar al consejo de Estado en el momento crítico y dirigir la acción legal de la restauración de los Borbones.

—Espera, respondió el notario.

—¡Imposible! Este es el momento preciso para tomar una resolución.

—¿Y por qué?

—Los dos Simeuse conspiran y están en el país; yo no tengo más remedio que hacer que los sigan, dejarles comprometerse y desembarazarme de ellos, ó protegerlos por bajo cuerda. Había pedido subalternos, y me envían dos linceos elegidos, que han pasado por Troyes para tener de su parte á la gendarmería.

—Gondreville es el *Ten*, y la conspiración el *Tendrás*, dijo Grevín. Ni Fouché, ni Talleyrand, tus dos asociados, están mezclados en eso: obra francamente con ellos. ¡Cómo! todos los que han cortado la cabeza á Luis XVI están en el gobierno, Francia está llena de propietarios de bienes nacionales, ¿y quieres traer á los que han de volver á pedirte Gondreville? Si no son tontos, los Borbones tienen que deshacer todo lo que nosotros hemos hecho. Así es que avisa á Bonaparte.

—Un hombre de mi rango no delata nunca, dijo Maligno vivamente.

—¡De tu rango! exclamó Grevín sonriendo.

—Me ofrecen una cartera.